

“Nuestros mayores”, ¿un cariño envenenado?

“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros” (Artículo 1 de la Declaración Universal de los DERECHOS Humanos)

¿Quién no ha escuchado alguna vez expresiones como “nuestros mayores que están en las residencias”, “nuestros mayores suponen el % de la población”, “a nuestros mayores cada vez les gusta más viajar”, “nuestros mayores levantaron la sociedad actual”, “nuestros mayores se han ganado un merecido descanso...”?

Durante años se utilizó mayoritariamente la expresión “tercera edad” para referirse a las personas cuando pasan el umbral de la edad de jubilación. Esta expresión fría, burocrática y poco descriptiva ha dado paso a otra, aparentemente más amable pero altamente tóxica, “*nuestros mayores*”.

“*Nuestros mayores*” se utiliza como una muletilla pero el lenguaje no es neutral ni inocente, hablamos lo que pensamos y el lenguaje construye la realidad. Detrás de la expresión “*nuestros mayores*” o nuestros abuelos, hay una actitud paternalista que infantiliza y minusvalora a la persona. Una actitud inconsciente, pero dicen que el inconsciente nos traiciona. Quien dice “nuestros mayores” se convierte en sujeto sin darse cuenta y, también inconscientemente, convierte al otro en objeto. Y eso tiene consecuencias: el sujeto es el que actúa, quien realiza la acción, el objeto es pasivo, recibe la acción. El sujeto es quien controla y ejerce el poder, el objeto queda a expensas de lo que disponga el otro, el sujeto.

Quien dice *nuestros mayores* se posiciona, inconscientemente, en las creencias propias del despotismo ilustrado: “todo para el pueblo pero sin el pueblo”. Y eso tiene consecuencias muy peligrosas. Así, quien utiliza ese lenguaje se cree con el poder de pensar y hacer lo que considera bueno para “sus” mayores y actúa sin tenerles en cuenta. Nos parece normal que los descendientes organicen la vida a sus progenitores cuando ellos, los hijos, creen que sus padres ya no están para... Nos parece normal que en una residencia les organicen actividades para distraerlos; nos ha parecido normal que en la pandemia, les encerraran durante semanas en las habitaciones para “protegerles” del contagio; ¿hay algo más inhumano que atar a una persona mayor para “protegerla” de las caídas? Y sin embargo atar es algo desgraciadamente generalizado, nos parece normal y hasta es justificado. Conductas como éstas y maltrato en la vejez son dos caras de la misma moneda. Y hacerlo inconscientemente, incluso con buena intención, no es excusa.

Todo para y por *nuestros mayores* pero ¿quién pregunta a las personas mayores cómo quieren ser tratadas? Más aún ¿quién pregunta a cada persona mayor por sus necesidades sentidas, por sus inquietudes, gustos y preferencias? Cada persona es diferente y cada persona mayor también lo es.

Decir "*nuestros mayores*" hace que su opinión sea irrelevante, arrebatada la individualidad y la dignidad a la persona, la confunde en la masa, la anula e invisibiliza, porque el lenguaje no es inocente, el lenguaje construye la realidad.

Y ya para terminar te invito a ti, periodista, político, profesional de los servicios sociales o sanitarios, profesional de la gerontología, ciudadano normal y corriente, a que reflexiones unos segundos estas preguntas: ¿Crees que llegarás a cumplir 70, 80, 90 años? ¿Te gustaría que trataran así? Nadie es perfecto. Todos aprendemos de todos. Rectificar es de sabios.

Decir "*nuestros mayores*" parece una expresión cariñosa pero no lo es. Es una forma almibarada y cada vez más empalagosa de tratar a personas como tú y como yo, con los mismos derechos. Es un paternalismo alienante y envenenado. Decir personas mayores es mucho más respetuoso, más acogedor y más humano.

Vicente Pérez Cano

Director de CONFEMAC y profesor de la UPO